

UN CORAZÓN DE NADIE

El título de Pessôa, en la maravillosa traducción antológica que hizo Ángel, siempre me pareció que contenía algo que a todos nos afectaba, a cualquier lector y admirador del gran poeta portugués, al propio traductor y, además, de modo irremediable.

De nadie es el corazón, si entendemos que en él reside, también sin remedio, el secreto de lo que somos y, sobre todo, lo que a nadie confesaríamos. Un corazón que contiene los secretos, que a nadie pertenece porque los secretos borran nuestra propia identidad.

Son divagaciones, ya lo sé, pero el día en, que supe que mi amigo Ángel había muerto me acordé, instantáneamente, de dos cosas: del fervor emotivo de la elegía sobre su madre, de ese libro que se cuenta entre los que más hondamente me conmovieron, y del Pessôa de ese corazón sin propietario del que alguna vez hablé con mi amigo.

Cuando alguien se va, desaparece, uno tiene la sensación de que se lleva los secretos que le corresponden, lo que pudiera haber revelado y no hizo, acaso porque no debía o no supo o pudo hacerlo.

Entre los poetas existe, a mi modo de ver, mayor correspondencia entre esa tensión de los secretos y el misterio de los versos. Los poetas pueden llegar a desvelar algunos secretos inconfesables sin iluminarlos por completo, dejando precisamente en el fulgor, más o menos oscuro o velado, lo más hertzioso o inquietante de la confesión.

Sigo divagando, no hago otra cosa, tampoco me atrevo a retomar un libro de Ángel para escuchar el rumor de su confidencia, ya que el de su ausencia resuena sin más, ahora mismo, cuando lo recuerdo.

Con el asunto del corazón de nadie no llegamos muy lejos, tampoco se trataba de ir a ningún sitio, apenas de charlar amistosamente, que es lo que siempre hice con él. Ese era el don que mejor guardaba. La amistad no pertene-

cía al ámbito de lo secreto, aunque siempre tuve la impresión de que Ángel salvaguardaba, con su afabilidad y naturalidad extremas, lo que está más dentro.

Es curioso que me acuerde de él con la calidez meditada de sus palabras, entre las bromas y los sobreentendidos espontáneos, como si al encontrarnos, de tiempo en tiempo, siguiéramos el hilo de una misma conversación. De todo podíamos hablar, de cualquier cosa, del corazón de nadie, y al final de tantas palabras regresa en el recuerdo la imagen de un hombre silencioso. La calidez meditada de sus palabras, el silencio que se forja el espacio de una pausa sin tiempo. Algo de la poesía de Pessoa, algo de la poesía de Ángel...

Luis Mateo Díez